



EDITORIAL

## EL ENCUENTRO PLURAL DE LA FILOSOFÍA Y LAS ARTES

Martin Heidegger y Eduardo Chillida

No hay que esperar al nacimiento de la Estética como disciplina filosófica para registrar la relación y el encuentro de la filosofía con el decir del poeta y el hacer del artista; de alguna forma el mismo nacimiento y decantación del discurso llamado filosófico en la antigua Grecia se mide y contrasta con la palabra de los viejos poetas que narraban épicamente las hazañas de los antepasados o la azarosa vida de los dioses. En Platón quedará patente la rivalidad y por lo tanto cercanía entre una y otra forma de palabra, saldándose en la conocida expulsión de los poetas y sus engaños de la ciudad ideal, no dejando de otro lado de ser su filosofía una búsqueda de la belleza y de considerar a Homero el maestro de Grecia. Una vez establecida la diferencia, Aristóteles podrá pensar sin recelo sobre la importancia del quehacer de los poetas y no dudará en confirmar algo muy presente en Platón: que el filósofo es también *amigo del mito*. Con todo, el camino de la filosofía se tornó cada vez más racional y fue desconfiando de las fuerzas imaginativas y aun de la misma sensibilidad, escindiéndose progresivamente el *logos* de la *aisthesis* primera del mundo. Y ahí sí que la Estética y la Filosofía del arte surgida en la Ilustración y desarrollada de modo increíble en el romanticismo y en el Idealismo alemán vuelve con decisión de nuevo su mirada al arte en sus funciones metafísicas, existenciales y cosmológicas. El arte llegará a ser piedra clave del sistema de la misma filosofía (en Schelling en 1800, por ejemplo); aunque esa culminación llevará a plantear una renovada rivalidad con las otras formas del espíritu absoluto en el sistema de Hegel. Sea o no una forma idónea o acaso ya pretérita para expresar lo absoluto, atendiendo a la célebre tesis hegeliana del fin del arte, queda la esfera estética como una de las dimensiones fundamentales de la cultura moderna. Y esto se corrobora con creces tanto desde un análisis de la modernidad, como viendo la fuerza reflexiva y crítica que porta el arte moderno en sus mismas entrañas; el arte también se ha hecho filosófico y reflexivo en sí mismo.

Un signo fundamental de la filosofía contemporánea es que junto a las reflexiones globales sobre la función histórica y social del arte, se da también encuentro de la filosofía con las artes en su diversidad: muchos pensadores actuales se han ocupado de la especificidad de unas y otras artes, más allá del abordaje técnico y especialista; acaso porque cada una de las artes ofrece aspectos atractivos para el pensar y su misma reformulación. Así encontramos pensadores contemporáneos ocupados con la pintura, la escultura, la arquitectura, la música, la literatura, el cine o las

modernas artes audiovisuales; revisando desde ellas conceptos fundamentales como el espacio, el tiempo, el problema del ser y la representación o el sentido mismo de la vida.

En el presente número ofrecemos un elenco de artículos que muestran uno y otro aspecto. El primer artículo nos ofrece una reveladora investigación sobre las relaciones entre Heidegger y Eduardo Chillida, con ocasión de la elaboración del libro de artista *El arte y el espacio*; aportando en primicia fuentes manuscritas inéditas que demuestran la influencia no sólo de la obra sino del mismo pensamiento artístico de Chillida en las reflexiones heideggerianas sobre el espacio, y el papel que el arte puede tener para una reorientación existencial fundamental de nuestra relación con el espacio y el tiempo. El segundo estudio aborda también el tema del espacio en el arte a partir sobre todo de Heidegger y Chillida, planteando la relación con los espacios sagrados y revisando la idea de trascendencia. El primero de los estudios expone desde la arquitectura en su historia la relevancia de la categoría de totalidad, reivindicando también una arquitectura del lugar, así como la importancia de la experiencia estética para este arte, a pesar de o precisamente por su implicación vital. Si la escultura y la arquitectura nos llevan sobre todo a consideraciones a partir de lo espacial, el segundo artículo nos muestra la riqueza del pensamiento en torno a la música y sus implicaciones ontológicas y temporales. De la mano de Schelling, Schopenhauer y Levinas, este artículo aporta nuevas perspectivas para plantear nuestra relación con lo ilimitado. Los dos últimos estudios abordan el encuentro fundamental de la filosofía con la literatura; el tercero reivindicando una revisión de la carga filosófica innegable de la obra de Shakespeare, y el cuarto, abordando la analogía de la vida con la novela o sus personajes en Ortega y, de un modo más sutil y desarrollado en M. Zambrano. El tercer artículo nos retrotrae a la relación primigenia entre filosofía y poesía desde un iluminador estudio de la presencia e interpretación de Píndaro en Platón, apuntando una interesante iluminación de nuestra condición humana precaria y la posibilidad, aun con todo, de la dicha. Aunque no sin tensiones y desencuentros, como vio bien M. Zambrano, el hombre necesita de un encuentro fecundo de filosofía y poesía para afrontar su vida. Recogiendo lo más granado de algunos pensadores contemporáneos (Horkheimer-Adorno, Henry, Vattimo), el quinto artículo nos presenta la fecundidad de pensar desde el arte la actual crisis de la modernidad y las posibles vías alternativas hacia una cultura más humana. Pero ¿no dijo ya Hegel, o le hicimos decir, que el arte presenta ya hoy sólo una forma pretérita para la expresión del espíritu? El cuarto artículo arroja luz sobre el concepto de Religión del arte en el joven Hegel y cómo queda el arte ubicado en el sistema maduro de su filosofía. El arte no es quizá la forma paradigmática de la expresión de nuestro presente (desde luego, tampoco la filosofía como pretendía Hegel, sino acaso la tecnociencia), pero sin duda, no es un mero eco nostálgico del pasado. Acaso, ambos, en buena medida desterrados de la nueva polis global y desrostrada, construida de grandes números y *big data*; el filósofo y el artista se reencuentran extramuros, no sin una sabia sonrisa, coincidiendo en que están lejos de resolver el enigma de la existencia, pero entregados con pasión cada uno desde su mesa de trabajo, en el ejercicio interminable de la admiración, de la creación, y, de nuevo, la pregunta. Ese encuentro en libertad ha de ser fecundo, no tanto para construir una nueva ciudad ideal, sino para habitar y escuchar una vida que no renuncia a nada de lo más profundamente humano, con su incertidumbre, su plenitud fugaz, su rara pero fascinante felicidad.

RICARDO PINILLA  
Director de PENSAMIENTO